

De hecho, la poesía se forja más con silencios y símbolos —decir sin decir— que con palabras. De aquí, los renglones cortos y las márgenes amplias. Sospecho que el primer poema fue escrito en un campo de concentración, por un prisionero pobre, en papel rico, en tiempo y con la esperanza de que cuanto hace un hombre —por desvalido que se vea— es trascendente.

Me resulta más inoportuno quien interrumpe mis silencios que quien quiebra mis palabras. Cuando un semejante cree que ha perdido todo, encuentra que aún le queda la palabra. Una palabra que puede ser grito desgarrado o caricia. Muchas veces el silencio no es silencio... sino vacío.

Nada separa tanto a dos hombres como una ventanilla pública o una mesa sin mantel.

El deseo de agradar —considerado una frivolidad entre nosotros— es el mejor de los prólogos para el diálogo. En el ritual de la dama ante su espejo —ese espejo tan gentil con la mujer coqueta— poco importan polvos, lacas, rimmel y carmín. Lo que realmente embellece a la mujer

es su deseo luminoso de complacer. Aplaudir es —siempre— como abrazar con las palmas.

Debemos aceptar que el derecho a equivocarse es uno de los derechos inalienables. Por algo lo reservó Dios al hombre frente al instinto certero del animal. Hay que tolerar un error entre cien aciertos y no valorar un acierto entre mil errores... Todo reloj parado marca la hora exacta dos veces cada día.

En el hombre —acaso porque es el animal más débil e inerme de la Creación— su pequeño colmillo se transforma en lanza o palabra agresiva. Aunque una mano levantada en ademán de agredir es —casi siempre— una mano que no encontró otra en su camino para estrecharla. Dar la mano, al llegar y desperdirla, significa —aparte de mostrarla desarmada— ofrecer lo mejor de cada uno. Porque la mano es el instrumento natural del alma.

Por estas dos bellas razones, juramos con la mano levantada.

Y tanto mejor si es callosa. Es decir, acostumbrada a apretar una herramienta o la mano de un amigo.

## VALENCIA DE ALCANTARA EN TORRES Y TAPIA

por Antonio AVILA VEGA



Es innegable que Valencia de Alcántara debe muchos datos de su historia al insigne cronista de la Orden de Alcántara,

Fray Alonso de Torres y Tapia. Pero también hay que consignar que su famosa Crónica ha inducido a error, en algunos casos, a los que han tratado de conocer los tiempos pasados de la Villa fronteriza. Errores debidos al propio Fray Alonso, ciertamente; pero no es menos cierto que, en otros, han sido los lectores quienes han tergiversado su texto.

Vamos aquí a tratar de aclarar uno de la primera tanda, es decir, de un error (al menos en nuestra creencia) del propio Torres y Tapia. Se trata de la ubicación de la Valentia romana. Y hablo de Valentia porque estoy plenamente convencido de que el oppidum y los agros que Cepión y Bruto entregaron a los lusitanos al final de las guerras viriáticas fueron Valencia de Alcántara y sus campos.

Pero como discutir esto nos llevaría muy extensas páginas, limitémonos aquí al posible error de Fray Alonso.

Dice éste, en la página 229 del tomo primero de la "Crónica de la Orden de Alcántara", que Valencia "no tenía su asiento (a lo menos en tiempo de los romanos) donde lo tiene ahora, sino distante de él una legua a la parte del Mediodía, en el camino que va a Mayorga, en otro alto fragoso y fuerte con unas rocas grandes que le ciñen y llámanle la Villa Vieja (...) Véñese también en sus contornos unas antas..."

He aquí un párrafo que ha traído a maltraer y ha dado gran trabajo a los que se han preocupado por la historia de nuestra Villa y que ha desorientado a muchos. Y es que, a la vez, es concreto y ambiguo. Lo primero, porque señala bien claramente que el lugar estaría a una legua al sur de la actual población, en el camino que va a Mayorga. ¡Pero, en el siglo XVII, no había en Valencia de Alcántara

ningún camino "de Mayorga"! Había, sí, un camino "de Badajoz" que pasaba por Mayorga, el cual coincidía con la actual carretera de Portugal en sus primeros ocho kilómetros. Pero es seguro que nadie le llamaría "de Mayorga" por la misma razón que nadie habla hoy de la carretera de Aliseda, sino de la de Cáceres.

Y es ambiguo hablar de un alto fragoso y fuerte en los alrededores de Valencia de Alcántara y dar como referencia "unas" antas donde aún queda más de medio centenar de dólmenes catalogados, es tanto como tratar de localizar una ola en el mar.

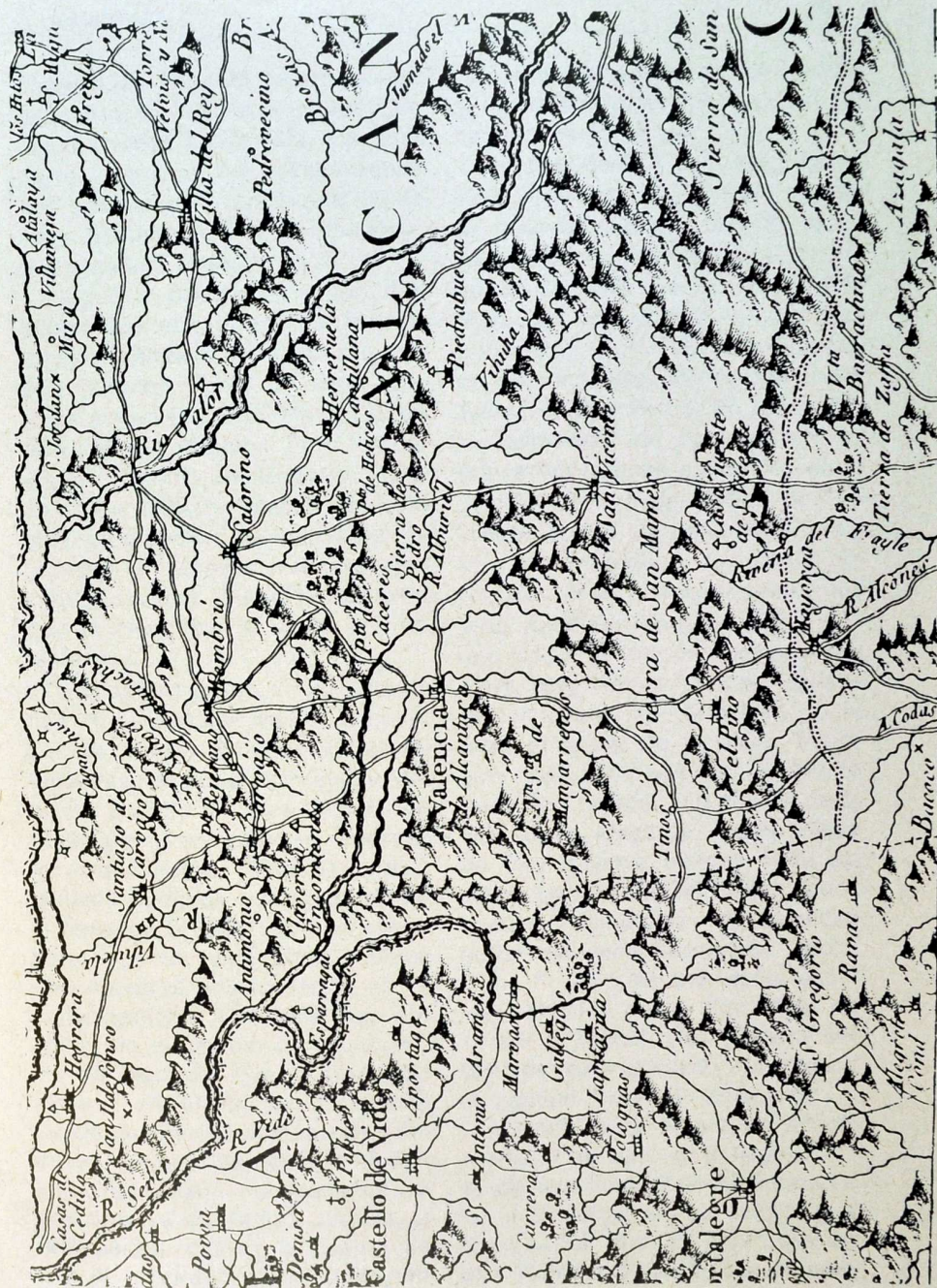
Así resulta que se ha venido aceptando como el más probable emplazamiento de esa Villa Vieja el lugar de San Antón, que ni está al Mediodía, sino casi al Este (al ESE. exactamente); ni a una legua, sino a ocho kilómetros; ni en camino de Mayorga, y que es lo menos fragoso y fuerte que darse pueda, ya que está en una de las zonas relativamente llanas de los alrededores.

Pero si bien este supuesto de cambio de emplazamiento de nuestra población puede ser, en cierto grado, comprensible en Torres y Tapia, que parece desconocer el acueducto, puesto que no lo cita, es de todo punto inadmisibles en otros autores más modernos que sí lo conocen, como ocurre con Viu, quien, por un lado, considera que Valencia de Alcántara "ocupa con efecto, el sitio donde

hubo una villa romana, como si dijéramos una aldea de recreo..."; mientras que, líneas más abajo, dice: "Dos únicas antigüedades romanas hay en esta villa: la fuente llamada de la Dehesa, y el famoso acueducto que trae las ricas aguas de la fuente de San Pedro..." (1) No me parece razonable pensar que un acueducto de ocho kilómetros, con una arquería que, según el propio Viu, tenía una fila de 17 arcos en la parte inferior y otra de 20 en la superior, se construyera para una villa romana, una casa de campo, que, para colmo, estaría a orillas de un río; cosa aún más improbable si reparamos en que el acueducto fue construido en el siglo I (2), cuando aún no había comenzado el florecimiento de las villas en el Imperio. Por el contrario, me parece indudable que un acueducto romano es indicio de una población romana.

Si a eso unimos el hecho de que, como cualquiera puede comprobar, el acueducto llegaba (y aún llega, puesto que, a sus dieciocho siglos, sigue cumpliendo la misión para que fue construido) hasta la propia población actual, parece lógico pensar que ésta ocupa aproximadamente el mismo lugar que la romana.

Toda esta serie de absurdos y contradicciones, unida al hecho de que nadie, que yo sepa, ha podido alegar ningún escrito, documento o cualquier otro dato que haga referencia a esa Villa Vieja, me ha hecho considerar siempre com-



pletamente falsa la teoría de su existencia e incluso ha publicado algún trabajo sobre ello. Por otra parte, tampoco he creído nunca que se tratase de una invención de Fray Alonso. ¿Cómo compaginar, pues, ambas cosas?

Llegué a pensar en algún momento que el cronista había trastocado Valencia y Alcántara, ya que también habla de otra Villa Vieja a una legua al Mediodía de esta última población. Pero los datos del camino de Mayorga y las antas me hicieron desistir de esta idea. La solución me habría de llegar por el camino más insospechado; nunca hubiera pensado que la clave me la iba a dar un tabernero.

Tiempos atrás, en unas vacaciones veraniegas, volviendo con un par de amigos de conocer las últimas novedades arqueológicas, hicimos un alto en San Vicente de Alcántara y entramos a refrescar en una taberna. Mientras consumíamos nuestras cervezas, surgió el tema de la Villa Vieja; el tabernero, que no tenía otros clientes que nosotros, medio terció en la conversación: "Eso está por ahí abajo, en el camino de Mayorga". He de confesar que la frase me resbaló en el momento; incluso puede que inconscientemente pensase: "¡Vaya; aquí también tienen una Villa Vieja!". Fue pasados varios días, ya en Madrid, cuando, al recordarla, caí en la cuenta de que el tabernero había dicho, en esencia, lo mismo que el cronista:

"La Villa Vieja está por ahí abajo (y señalaba hacia el Sur), en el camino de Mayorga".

Ni que decir tiene que, en mi viaje siguiente, me busqué un viejo guarda jurado, jubilado ya, y conocedor del terreno, que nos llevó al llamado Cerro de la Villa Vieja, un alto situado a unos tres kilómetros al sur de San Vicente, en una modesta estribación de la Sierra de San Pedro. En la vertiente meridional de esta serreta se encuentra la finca conocida con el gráfico nombre de Solana de Mayorga, donde existen, entre encinas y alcornoques, restos de población en la que aparecieron las aras romanas números 730 y 731 del C.I.L., amén de cerámicas y otros abundantes restos, algunos de los cuales se conservan en la casa principal de la finca. Sobre este lugar dice Hübner, repitiendo frase de Cornide: "En el sitio de la Solana de Mayorga, media legua de San Vicente, existen siete sacelos toscamente labrados, que a iguales distancias permanecen cerca de esta arruinada población..." (3) ¿No son estos sacelos las antas de la Villa Vieja de Torres y Tapia? ¿No pudiera ser también este poblado de Solana el Septem Aras del Itinerario?

A estos datos hemos de añadir el hecho de que, en el siglo XVII, desde San Vicente de Alcántara se iba a Mayorga por un camino y a Badajoz por otro. Es decir, que en San Vicente sí había ese camino "de Mayorga" que no había en Va-

lencia. Podemos verlo en el mapa de Tomás López, de fines del siglo XVII, es decir, pocos años posterior a la Crónica de Fray Alonso; mapa en el que, además, podemos observar que, a mitad de este camino entre San Vicente y Mayorga, existe curiosamente un lugar señalado como "Casa fuerte de San Vicente". ¿Acaso el alto fragoso y fuerte de la Villa Vieja?

De todo esto, ¿qué podemos sa-

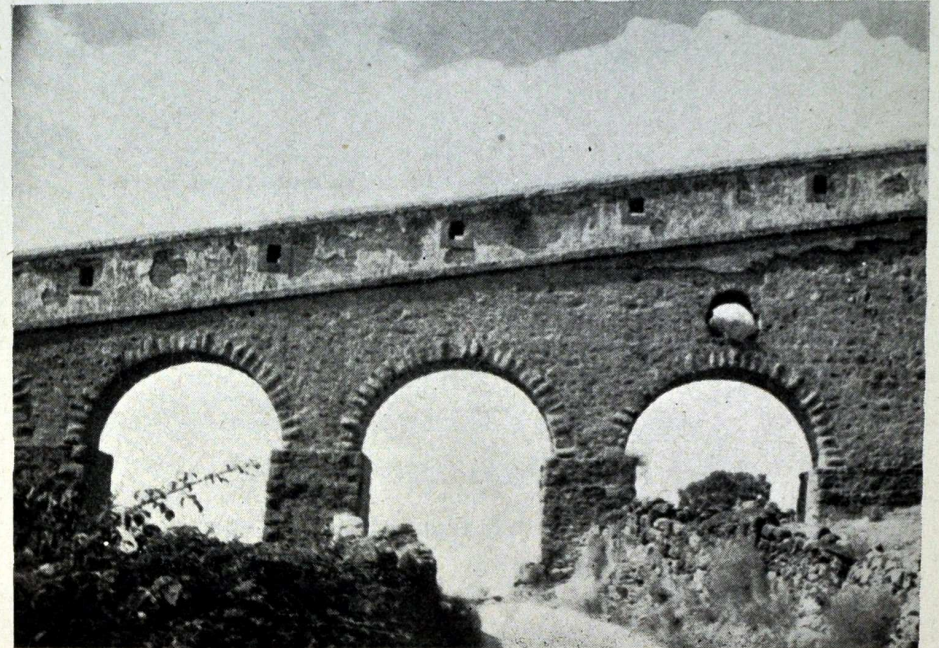
car en consecuencia? A mi parecer, dos cosas. Primera, que Valencia de Alcántara ocupa, indudablemente, el mismo lugar que su antepasada romana. Y segunda, que nuestro Fray Alonso sufrió un error bastante corriente: confundir Valencia de Alcántara con San Vicente. Un error que, si en nuestros días es frecuente, lo sería aún más en el siglo XVII, en que San Vicente era "una aldea de Valencia".

*De*

## EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.



Detalle del Acueducto de origen romano, existente en Valencia de Alcántara